

“Can Cintet”: El ombligo de Lloret



Óleo de Isabel Daganzo - Colección Junyent

Toca comentar ahora la barbería de Can Cintet. Sabido es que el barbero es el único hombre que nos toma el pelo y encima le pagamos... Pero ir a Can Cintet tenía desde luego su aliciente. Nosotros, los jóvenes, hemos conocido los últimos años de la barbería, donde los hermanos Cintet habían tomado el pelo indistintamente a gente de ambos sexos y de todas condiciones. Pero afeitarse o cortar el cabello o “fer una pasada de máquina” es algo meramente profesional, y en Can Cintet ello se hacía condimentado con una buena conversación mantenida entre dueños y parroquianos. Cuentan los historiadores que los griegos se reunían en el ágora y los romanos en el foro. A eso yo añadiría que los lloretenses se reunían los sábados en la barbería de Can Cintet.

Creo yo que muchos, aunque los cabellos los tuvieran cortos, iban igualmente a la barbería para gozar de aquel clima altamente “parlamentario”. Y allí se hablaba de sonadas cacerías, de pesca, de política y más recientemente de fútbol y de inglesas... Cuentan que en los tiempos de las cacerías de jabalíes había entre los clientes narrador tan ameno que para dar mayor vivacidad a sus relatos imitaba el quejido lastimoso de la bestia herida, y

se retorció por el suelo de la barbería del mismo modo que lo había hecho el pobre animal entre los matorrales. Las discusiones de fútbol tomaban mayor color. Los españoles y los partidarios del Barça discutían acaloradamente tácticas y jugadas desde sus respectivos sillones con el consiguiente peligro de que el que les afeitaba les cortara la oreja, redondeando así la buena “faena”, cosa que hubiera resultado muy taurina. Pero los barberos de Can Cintet ya estaban adaptados al público y no era preciso, como en algunas barberías, disponer de un perro bajo cada silla para recoger lo que cayera... Ya poco tiempo antes de cerrar, el tema candente era muchas veces el turismo y dentro del mismo se pasaba revista a los bellos monumentos femeninos que nos llegaban de allende las fronteras, como las divisas. Más de una vez barbero y cliente abandonaban a medio afeitarse el sillón para salir a la calle y echar un piropo a alguna despampanante extranjera. Pero también para la barbería llegó el ocaso y nos tuvimos que ir con la música a otra parte, expresión que tendría su razón de ser si tuviéramos en cuenta que antes, en muchas barberías, amenizaban la espera con acordeón o piano...

Ron, cacahuets, tangos y tanguistas en “La Nyerra”

Carremos el comentario glosando “La Nyerra”. La primera vez que leí la obra teatral “El café de la Marina” de José María de Sagarra, seguí la trama escénica teniendo en cuenta casi siempre el recuerdo de nuestro típico café de Lloret. Tan cercano lo creí del tipo aquel de cafés de marineros. Supongo que, en su origen, debió ser realmente un local en el que debieron guardarse del frío los viejos lobos de mar, sorbiendo ron y fumando el entonces buen tabaco. En una mesa algunos jugarían a las cartas, otros discutirían, y algún solitario hojearía periódicos de la época, satíricos algunos, tendenciosos los más. Tal vez al fondo de la sala alguien tocaría al piano alguna “polka” o algún tango de moda, de aquellos que empezaban a hacer furor.

Ya en la juventud de nuestros padres “La Nyerra” era el local de baile propio del barrio de Venecia. En las grandes ocasiones, los buenos pescadores y las mu-



jerer trazadas adornarían con ramajes y papeles de colores las paredes y techo de la sala, y al son de una “mazurca” o de un “pericón” danzarían, llegado el momento, las felices parejas de aquellos años veinte, mientras desde el entarimado que por la parte alta rodeaba la sala —tribuna de los observadores— algunos viejos, lamentando sus achaques, admirarían, pipa en ristre, el saleroso garbo de alguna muchacha. Y alguna vez, desde ese mismo “observatorio”, irían plácidamente desgranando cáscaras de cacahuete en las tiernas espaldas de las lindas señoritas de primera fila... Pero pasó aquello: cesaron los bailes, las revistás de bailarinas ligeras que embobaron alguna vez a los fieros pescadores, y las tertulias de amigos. Incluso tuvieron que marcharse las tranquilas comadres que apoyadas en la pared de la esquina, —“es cantó”— comentaban afanosamente “embolics de familia i pro-metatjes”... Todo se esfumó.

El café “La Nyerra” se adaptó a los veraneantes y posteriormente a los turistas, y allí donde había corrido el ron, corrió el té, y donde se había soltado alguna palabrota no muy académica, sonaron nítidas frases en francés e inglés. Se le llamó “Salón de té” y se pintaron en las paredes interiores movidas escenas flamencas para hacerlo todo más “spanish typical”.

Luego vino la danza de los millones. La simbólica cabeza de “La Nyerra” se valoró altamente como la de aquellos bandidos del “Far West” cuya efigie aparecía en las paredes de las casas, por si alguien la identificaba. Vino el comprador: la demanda y la oferta. Finalmente el acuerdo y la venta. La Nyerra fue derribada como algo inútil, y en su lugar se alzó un gallardo rascacielos. Se borró la huella de algo que fue tan nuestro.

Las futuras generaciones y los futuros visitantes, al elevar su mirada hasta la distante azotea de la gigantesca construcción, nunca sabrán que otros antes que ellos, elevaron, no sus miradas, sino sus copas brindando por un amor, por una empresa arriesgada, o por un éxito cualquiera...

JUAN DOMÉNECH MONER

Ultimo acto “typical
spanish”, Ajuntament de
Lloret de Mar
con un final
de película de indios